

REFLEXIONES COVID-19

LA MIRADA DE LAS FACULTADES

Ciencias Económicas y Empresariales



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

POR ESTRELLA TRINCADO

DEPARTAMENTO DE ECONOMÍA APLICADA, ESTRUCTURA E HISTORIA

TRIBUNA COMPLUTENSE

GABINETE DE COMUNICACIÓN

EL IMPACTO ECONÓMICO DEL COVID-19

“La homicida pestilencia se acerca a Oxford y nos obliga a cancelar los exámenes orales”. Esta frase debió de resonar en los oídos de Thomas Hobbes entre 1606 y 1607, un joven inglés que tardó en graduarse más de lo normal por las plagas y confinamiento en que se vio inmerso. Pestes que alcanzaron una mortalidad de hasta el 20%, pero que tanto él como Shakespeare consiguieron burlar. Mas adelante, Hobbes haría suya la famosa frase “el hombre es un lobo para el hombre”, y la sombra del Leviatán iría creciendo en su tierna imaginación, un poder autoritario que, él pensaba, debía impedir la “guerra de todos contra todos”. Y es que las plagas siempre han provocado recelo y desorientación, y son el perfecto caldo de cultivo para la abdicación al autoritarismo, provocando un efecto pendular en que el amor a la libertad se ve relevado por el miedo a la libertad.

Pero hay que tener en cuenta que un “estado de alarma” es una situación excepcional. Y tiempos excepcionales requieren de políticas excepcionales. Es la situación que en la filosofía escolástica se denominaba de “extrema necesidad”, un momento en que el normal ejercicio del derecho a la propiedad queda revocado porque todo lo que él tiene de saludable, justo y protector, pierde sentido: la protección de la vida es un derecho superior. Volvemos, pues, a la Edad de Oro, alegoría bíblica que usaban los escolásticos para describir un paraíso, previo a la escasez, donde los bienes eran de todos porque habían sido concedidos a todos por igual.

Esta “extrema necesidad” es la situación de paréntesis en la que estamos, confinados y sin actividad económica. Pero tendremos que restablecer la actividad y crear un clima de confianza, poniendo en marcha, como diría Keynes, la maquinaria del estado para evitar una caída del nivel de renta que se retroalimente y lleve a un desempleo masivo. Por ello, son adecuadas las medidas del gobierno que garantizan préstamos con avales públicos y dan ayudas directas a las empresas y particulares. Cuatro millones de trabajadores acogidos a ERTEs recibirán la prestación por desempleo y los trabajadores temporales o empleadas del hogar tendrán un subsidio de desempleo excepcional. Es decir, se ven recompensados los que pagaban impuestos dentro de la economía formal. Cuando la

actividad comience a recuperarse, lo hará a un ritmo que dependerá de cómo evolucione el riesgo sanitario. Poco a poco, habrá que restablecer el mecanismo normal de los precios, eficientes medios de transmisión de la información, libres de los vaivenes y fatal arrogancia de los políticos.

Pero, además, es posible que en los próximos meses se produzca la definitiva evolución a la cuarta revolución industrial. Desde 1960 se hablaba de una tercera revolución industrial que introdujo la robotización en fábricas tecno-burocráticas deslocalizadas y la distribución de productos en centros comerciales masificados. Pero ya desde 2008 se viene hablando de una cuarta revolución industrial, la transición digital, donde el móvil sirve de oficina integrada y las redes sociales permiten una comercialización virtual continua. El confinamiento ha hecho real la alternativa del teletrabajo, y ello reforzará la economía gig, un modelo no jerárquico, colaborativo y circular. No podemos seguir seducidos por la aparente complejidad de las instalaciones industriales y la planificación jerárquica: la industria produce sustancias tóxicas, concentra la población y profundiza en la España vacía y hace la creación de empleo poco flexible. Sus necesidades energéticas crean conflictos geopolíticos irresolubles. Necesitamos construir una sociedad sostenible y dar primacía al talento, a sectores estratégicos punteros, avanzando en el bienestar de las personas, no en el de las organizaciones. Además, los profesionales, técnicos... con alto nivel educativo y salarios, serán los colectivos menos vulnerables al distanciamiento. Y también las mujeres, que, como los hombres, podrán cumplir su sueño de conciliación familiar.

Hemos aprendido en estos dos meses de confinamiento cuáles son las actividades esenciales: las que conservan la vida, es decir, el sector agroalimentario y el sanitario o de cuidado de las personas. El fisiócrata François Quesnay, un médico de la corte de Luis XV, ya lo apuntó. Trazó un elegante “cuadro económico” en 1758 que demostraba que sólo las actividades agrícolas producen excedente, son un regalo de la naturaleza a partir del cual comienza la circulación de la riqueza, igual que el corazón bombea la sangre. Ello crea un flujo de renta y gasto hacia la industria y el comercio, pero éstos, decían los fisiócratas, son estériles, sólo transforman lo que la agricultura crea. Y encima, el sistema productivo español se centra en actividades como el turismo y la construcción, muy vulnerables en situaciones de crisis global y poco sustituibles por teletrabajo.

De mayor calado será como afecte la pandemia a la evolución del sentimiento nacional. Algunos reclamarán un control férreo de las fronteras para evitar recaer en el contagio, reforzando el provincialismo patrioter. Pero no pueden ponerse puertas al campo – para siempre – y no debemos retroceder hacia los nacionalismos excluyentes; si acaso, habremos de reforzar la política de bloques. Pertenecer a la Unión Europea tiene ciertas servidumbres: ya no podemos estimular la actividad económica poniendo en marcha la máquina de hacer dinero, es decir, a través de la inflación o de la devaluación de moneda, lo que suponía una carga para las generaciones presentes. Desde que estamos en la UE, este objetivo se ha conseguido a través de la deuda, es decir, imponiendo una carga sobre generaciones futuras. Pero si profundizásemos en una Europa política, todo ello podría cambiar. Además de que en España ello sería una solución a la desarticulación de los equilibrios autonómicos, cuyo sistema de financiación hay que reformar.

Con buen criterio, se ha buscado la mutualización europea del gasto de la pandemia, creando un fondo europeo de recuperación que proporcione subvenciones, no préstamos, por ahora para la compra de material sanitario. Otra opción hubiera sido la mutualización de la deuda, crear deuda europea, lo que encuentra reticencias. Por último, los préstamos bajo condiciones favorables, pero ellos pueden llevar a Europa a una nueva crisis de la deuda soberana, con el riesgo de un posible rescate. Necesitamos políticas europeas, la aplicación de una Agencia Fiscal Europea que adopte políticas fiscales coordinadas y expansivas. Pero aquí, transitamos en el reino de los deseos porque, para ello, debería corregirse la miopía de los líderes europeos.

Ojalá les sirva de algo el mindfulness del confinamiento.